

sable, es decir, que no nos encontramos extraviados en ella como en una selva oscura y que podemos, por el contrario, arrancarnos de ella al menos con el espíritu, tenerla bajo nuestra mirada y por lo tanto sobrepasarla ya y tomar nuestras decisiones frente a ella, incluso si esas decisiones son desesperadas.”

BIBLIOGRAFÍA

1. Wolberg, *Psychotherapy*. 1954.
2. S. Freud, *An Outline of Psychoanalysis*. Norton, 1949.
3. E. Fromm, *Ética y Psicoanálisis*. Fondo de Cultura Económica, 1966.
4. Jean Paul Sartre, *Existential Psychoanalysis*. Gateway.
5. W. Wolff, *Values and Personality*. Grune & Stratton, 1950.
6. J. Masserman (ed.), *Psychoanalysis and Human Values*, 1960.
7. Abraham Maslow, *New Knowledge in Human Values*.
8. Charlotte Bühler, *Values in Psychotherapy*, 1962.
9. Robert S. Hartman, *La Estructura del Valor*. Fondo de Cultura Económica, 1959.
10. Robert S. Hartman y Mario Cárdenas Trigos (próxima aparición), *The Hartman Inventory*.

LÓGICA Y SEMÁNTICA EN PSICOANÁLISIS

Armando Hinojosa

MUCHOS de los problemas que han afectado al psicoanálisis surgen de factores tales como su desarrollo histórico como ciencia, y de su deficiente integración estructural a un confiable marco lógico de referencia. También, de las peculiaridades de su naturaleza que, a la vez científica y técnica, va más allá de estos niveles y necesita la comprensión individual y la comunicación profunda. La simple explicación técnica no basta para lograr un efecto terapéutico, y uno de los elementos más indispensables es una significativa comunicación individual. El analista debe, precisamente por ello, tener un pensamiento científico bien estructurado, si no quiere perderse a cada paso en una práctica fuera de control y poco digna de confianza.

Como más adelante veremos, el psicoanálisis se desliza constantemente por dos vertientes. Por un lado, el psicoanalista se ocupa de su objeto como un ser único, de imponderable individualidad. En este sentido, se obliga a una flexibilidad y comprensión que no alcanzan fácilmente otras disciplinas de pensamiento. Pero, por otro lado, esta vertiente puede alejarle de la segunda, que enmarca los hechos generales de la realidad humana en leyes de pensamiento científico; entonces el psicoanalista se perderá en vanas especulaciones aisladas y particulares. De aquí nacen los centenares de teorías psicoanalíticas con que nos agobia la literatura actual, aunque muy pocas aporten algo verdaderamente valioso o nuevo. Los psicólogos que formulan a cada paso tales teorías acostumbra exponerlas con una gran fuerza de convicción, pero esto no las mejora.

Se puede señalar, también, que en la rápida y desordenada carrera que el psicoanálisis ha seguido, se ha alterado continuamente el sentido de los conceptos y teorías empleados, de modo que en la actualidad cuesta trabajo ponerse de acuerdo sobre lo que quiere decirse con ellos. Además, al surgir cada una de las numerosas escuelas psicoanalíticas, se han elaborado las más diversas teorías para explicar las mismas cosas y en sesenta años de evolución de la psicología psicoanalítica poseemos ya una verdadera montaña de escritos que en su mayoría son oscuros, repetidos en diversos lenguajes, semejando la confusión de Babel.

Analizaremos en primer término algunos problemas que emanan de la situación científica del psicoanálisis, observándolo comparativamente dentro de la secuencia del pensamiento científico general.

Sabemos que en las fases más primitivas del pensamiento humano, el hombre realiza observaciones sobre los hechos de la realidad en que vive, instigado por el deseo de comprenderlos y modificarlos en un sentido favorable a sus necesidades. De esta manera comienza a establecer relaciones entre ellos. Por ejemplo, ha observado que una semilla caída entre la tierra húmeda germina después de algunos días y reproduce una planta, o ha observado la relación que existe entre la fructificación vegetal y los cambios de las estaciones, y así va acumu-



lando conjuntos desordenados de ideas de relación que constituyen sus conocimientos. Paralelamente a ello, va construyendo también grupos de palabras y símbolos que forman el correspondiente lenguaje técnico o específico.

Desgraciadamente, la formación de ideas de relación o conocimientos no suele realizarse en forma correspondiente y paralela a la del lenguaje técnico. De este modo, es de lo más frecuente que en el lenguaje científico persistan palabras o expresiones que correspondieron primitivamente a determinados conceptos, en la actualidad ya desaparecidos, o tan evolucionados, que su uso resulta perturbador en la formulación del pensamiento lógico. En el campo de la psicología, un ejemplo es la persistencia del concepto "espíritu", residuo de la época animista, pero que en sus diversas variantes sigue siendo muy empleado en la psicología moderna (espiritual, anímico), o del concepto "conciencia", que ha sido causa de constantes confusiones, en que los conceptos teológicos se mezclan con los fisiológicos y estorban la comprensión de la función llamada conciencia.

En una ocasión se pidió a una computadora electrónica la traducción de "El espíritu es fuerte, pero la carne es débil", y la máquina proporcionó la siguiente traducción: "La carne es buena, pero el vodka es mejor." En la información proporcionada a la computadora se habían superpuesto los diversos conceptos de "vino" como algo que influye sobre el "espíritu" y en cierta forma se identifica con él, por su volatilidad, que es el "espíritu del vino" y se parece al alma, que se suponía también un espíritu volátil. Si estas superposiciones ocurren en el lenguaje literario, no deberían suceder en el lenguaje científico al que se debe exigir precisión.

Así, es habitual que en la historia de cada ciencia se encuentren conceptos arcaicos que permanecen abigarradamente mezclados con los modernos, aunque hace tiempo que perdieron su vigencia. De esta manera, el uso de conceptos deformados o vacíos ocasiona problemas que tienen apariencia científica, pero que en realidad no son sino meras tautologías. Russell piensa que los enigmas filosóficos no son más que "neurosis lingüísticas" que podrían ser curadas mediante un buen psicoanálisis lingüístico.

Si esto sucede con las ciencias en lo general, la psicología está particularmente plagada de conceptos anticuados, vagos o totalmente vacíos, que siguen empleándose sin crítica. Sin desconocer la inevitable imprecisión de los conceptos novedosos, ni la flexibilidad necesaria para permitir el progreso, es evidente que en la psicología psicoanalítica, más que en otras disciplinas, tropezamos con una gran cantidad de conceptos extraordinaria e innecesariamente confusos. Daremos algunos ejemplos de esto. Freud ideó una teoría de la psique (el concepto del psique era y sigue siendo impreciso) que la concebía en tres estratos: el ello, el Yo y el super-Yo. Pronto surgieron numerosas discrepancias e interpretaciones de tales estratos. Nos referiremos a uno solo de ellos, el del Yo: se le comenzó a explicar de las más diversas maneras y se inventó la teoría del *self* y aun se describió la estructura del "no-Yo", por renombrados autores que pretenden dar valiosas aportaciones. Sabemos que la teoría del "no-Yo" no es en realidad más que una mala resurrección de un concepto central del sistema filosófico de Fichte (1762-1814), pero el resultado ha sido que ya no sabemos de

lo que hablamos cuando mencionamos al Yo. En la mayoría de las retorcidas y oscuras obras de psicología en que se exponen tales conceptos, no se ofrecen hechos que puedan ser verificados de alguna manera, y así, su pretensión de verdad científica se mantiene.

Algo semejante ha sucedido con el concepto de narcisismo, tan útil y fundamental en la psicología. Después de una cuidadosa revisión del significado de este vocablo en los diversos autores, puede concluirse que, con estrecho margen de excepción, el claro y dinámico concepto original se ha oscurecido y empobrecido notablemente en su paso a través de las mentes de los diversos autores psicoanalíticos, en vez de enriquecerse o mejorarse.

En este punto, la psicología dinámica se halla en grave desventaja con sus desdénasas hermanas, las llamadas ciencias naturales. Dado que estas ciencias manejan numerosos conceptos de objetos concretos, pudieron suprimir más fácilmente la vaguedad, que queda al descubierto. Es menos difícil aplicar el concepto de reflejo, de enzima o de proteína y cuando se utilizan estos conceptos, por más que se discuta sobre teorías, los sabios saben lo que quieren decir. El psicólogo, por el contrario, se mueve en un campo de abstracciones intangibles, donde la vaguedad pasa fácilmente inadvertida. Por esto es que ser un psicólogo de mente clara suele ser algo mucho más difícil de lo que comúnmente se cree.

Las tradicionalmente llamadas ciencias exactas tropezaron durante siglos con problemas semejantes, y algunos conceptos fundamentales, como por ejemplo el concepto de número, no fueron precisados hasta hace pocos años. Pero tuvieron, en cambio, la ventaja de que, durante siglos mentes geniales y disciplinadas trabajaron incansablemente en la solución de su formulación semántica y lógica hasta adquirir una robustez impresionante. Y después de dar el gigantesco paso que en la actualidad contemplamos, han podido darse el lujo de volver a referirse a la experiencia, como lo hace Von Neuman: "Gran parte de la inspiración matemática proviene de la experiencia y apenas es posible creer en la existencia de un concepto absolutamente inmutable del rigor matemático dissociado de toda experiencia humana." Piaget, por su lado, ha logrado describir la formación de los conceptos matemáticos en el niño, como parte del desarrollo de su pensamiento lógico. Pero no se preocupa de la psicología dinámica, y en psicoanálisis, desgraciadamente, poco se ha trabajado por el robustecimiento lógico de sus conceptos y teorías.

En las etapas avanzadas de la estructuración del pensamiento científico, el hombre trabaja por ordenar y organizar su pensamiento. El pensamiento ordenado puede concebirse como aquella organización del pensar que nos explica el mayor número de objetos con el menor número de conceptos (Hartman), y la ciencia que organiza el pensamiento es como "un río con dos fuentes, la fuente práctica y la fuente teórica" (Whitehead). El científico se preocupa por formular leyes que tengan relación biunívoca con la forma de acontecer los hechos en la realidad. En un sentido, organiza el pensamiento por medio de la experiencia, pero en otro, organiza la experiencia por medio del pensamiento.

De nuevo tenemos que lamentar que este desarrollo no se haya cumplido de-



bidamente en el psicoanálisis. Abundan los textos psicoanalíticos que parecen haber sido compuestos en plena disociación de la experiencia humana. Mezcladas con legítimas teorías científicas, encontramos las más oscuras y abstrusas formulaciones en autores de variada categoría, desde Jung, que afirma que "el yo se pierde en la mismidad de su yoísmo" o las formulaciones de Melaine Kleine sobre el complejo de Edipo en los lactantes, hasta las interpretaciones del origen de la úlcera péptica como resultado de la fantasía inconsciente del arrancamiento del cordón umbilical, y otras más extravagantes aún.

Recordemos que, por su fascinante atractivo, en cuanto nacieron las teorías psicoanalíticas, se pretendió explicar por medio de ellas toda clase de enfermedades psíquicas y generales, entre las que se incluye el cáncer.

A pesar de su sólida formación científica, el mismo Freud cayó en esta fascinación. Se formularon teorías para explicar la génesis de la manía, la depresión, la esquizofrenia, la sociopatía y muchas más, de las que con el tiempo se ha llegado a descubrir que son alteraciones del funcionamiento cerebral; mas, por acaecer en niveles bioquímicos o biofísicos, su patogenia no había podido ser establecida por los métodos tradicionales. En las revistas de medicina psicosomática de hace diez o veinte años abundan los ejemplos de esto. Puede llamarse a esta época "la fiebre de oro" del psicoanálisis, en que cada quien pretendía haber encontrado su propio yacimiento y mostraba orgulloso sus pepitas. Aunque este periodo ya tocó a su fin, millares de libros y artículos quedaron escritos, y por muchos años desfilaron por los consultorios psicoanalíticos innumerables pacientes a los que la administración de un medicamento u otra comprensión más racional pudo haber ayudado mucho más que las interminables horas gastadas en elaborar las más peregrinas explicaciones psicológicas acerca de cualquiera de tantas circunstancias que pueden hacer a un ser humano sentirse infeliz, explicaciones que el paciente no podía aplicar concretamente a su curación.

Pero esta situación no ha sido del todo inútil, y nos dejó como saldo la necesaria experiencia para establecer con exactitud la indicación de un tratamiento psicoanalítico, su duración y control así como el esclarecimiento de las metas buscadas y la aceptación de los recursos auxiliares. Además, el psicoanálisis se ha convertido en indispensable auxiliar de numerosas disciplinas tales como la pedagogía, la sociología, la historia y muchas otras más. Y en espera de otro genio que nos proporcione una más novedosa y eficaz forma de penetración psicológica, el psicoanálisis permanece como una de las más sutiles y profundas maneras científicas de conocer al ser humano. La historia psicodinámica de la persona ha servido para corregir el rígido y poco real concepto que se tenía del temperamento o constitución. También comienzan a estudiarse las afinidades de una determinada constitución que la hacen atraer y fijar determinados tipos de experiencias, y la tendencia a estructurar ciertos tipos caracterológicos. Puede afirmarse que una de las características de la época que vivimos ha sido determinada por Freud: el conocimiento del hombre como un ser motivado en gran manera por impulsos inconscientes de naturaleza dinámica y constantemente cambiante. Pero, paradójicamente, esta revolución cultural no ha beneficiado

proporcionalmente a la propia psicología y en esto intervienen diversos elementos que deben ser analizados.

Otra perturbación importante del desarrollo de la psicología surgió de su matriz filosófica. Sabemos que en los orígenes de la ciencia occidental, los griegos trabajaron con intensidad para conocer racionalmente el mundo. La medicina hipocrática es un buen ejemplo de la medicina racional. En el campo de lo físico, Pitágoras conocía y enseñaba secretamente el concepto de la redondez de la Tierra. Eratóstenes no solamente supo también esto, sino que logró medir el radio de la Tierra, con un error de sólo ochenta kilómetros.

Pero los conceptos científicos se mezclaban a menudo con las especulaciones filosóficas, y se fue produciendo un apartamiento cada vez mayor de la cuidadosa observación científica que culminó en Aristóteles. Éste llegó a representar la suma de conocimientos de su tiempo e hizo avanzar algunas disciplinas tales como la lógica, pero introdujo, en cambio, muchas teorías erróneas sobre física y biología, basadas en observaciones superficiales o en especulaciones sin fundamento. Estableció, por ejemplo, que la velocidad de la caída de los cuerpos era relativa a su peso, afirmación que se aceptó como dogma hasta el siglo XV, dio explicaciones absurdas acerca del rayo, concibió al catarro como el resultado del enfriamiento que el cerebro producía sobre los humores demasiado calientes, etc. Este cúmulo de absurdos se mantuvo intacto como palabra divina durante toda la Edad Media y la ciencia no progresó. El mejor argumento para demostrar algo era citar a Aristóteles, suprema autoridad. Los conceptos de relación surgidos de la experiencia fueron alejándose más y más de los hechos de la realidad; se perdió la exigencia de relación biunívoca y se desvió por el estéril camino de la pura especulación filosófica. Así, se formaron diversas pseudociencias de carácter filosófico, que la experiencia no podía comprobar. La astrología es un ejemplo de ello. Un vago conocimiento astronómico era empleado para especular sobre el destino de los hombres y otras cosas semejantes. La alquimia es otro ejemplo. En ella se partía de un conjunto de especulaciones metafísicas sin conexión con la realidad, en las que se incluían numerosos conceptos de carácter sintético y juicios autoexplicativos que carecían de la propiedad de predecir. Más que ciencias eran filosofías. El progreso se hizo imposible y los mayores sabios resultaron ser aquellos que más larga y afanosamente se desvelaban tratando de interpretar y descifrar los antiguos textos en que se creía contenida la máxima sabiduría. En los polvorientos laboratorios se repetían invariablemente los misteriosos experimentos que los habrían de llevar al descubrimiento de la piedra filosofal, a la transmutación de los metales, a la creación del homúnculo. . . Pero no hay que olvidar que muchas de estas personas tenían un auténtico deseo de saber y que, gracias a sus esfuerzos, la alquimia fue cediendo su lugar a la moderna química, la astrología dio lugar a la astronomía y así sucesivamente. La medicina sufrió fuertemente de la influencia filosófica (Galeno) y todavía Molière se burló del filósofo doctor que disertaba en latín, mientras su enfermo se moría en francés.

La tiranía filosófica dominó totalmente a la psicología, considerándola como ciencia moral, y aliándose con la teología le impidieron todo progreso. Pero,



¿qué podía esperarse en esos tiempos en que las autoridades teológicas y filosóficas tenían la última palabra? A pesar de que el radio de la Tierra había sido medido ya por los antiguos griegos, dictaminaron que el proyecto de Colón era impío.¹

Y lo que fue peor aún, los teólogos se apoderaron de las modernas técnicas de pensamiento y las utilizaron tendenciosa y apriorísticamente, sin renunciar a sus viejas peticiones de principio. Por ejemplo, animado por el renaciente espíritu científico, “el excelentísimo señor arzobispo Usher, de nacionalidad irlandesa, en el año de 1654 logró precisar con toda seriedad y exactitud hora, día, mes y año en que Dios comenzó la creación del Universo, conforme al programa que se inicia en el Génesis: ‘Dios comenzó la creación (decía su Excelencia) el día 26 de octubre del año 400 antes de Jesucristo, a las nueve de la mañana.’” Y lanzó un anatema contra el hereje que osara proponer una fecha diferente.

Las ciencias naturales, a causa del carácter de sus objetos, se libraron más rápidamente de su arcaísmo filosófico y lograron el desarrollo que nos asombra en la actualidad. Pero no podemos afirmar lo mismo de la psicología, que quedó desfavorablemente ligada a su matriz filosófica. Por poco que examinemos algunas de las proposiciones de la que debería ser una moderna disciplina, encontramos multitud de arcaísmos y modalidades del pensamiento filosófico de los que las ciencias naturales se han depurado. La especulación gratuita ha sido prácticamente eliminada y se exige un adecuado y uniforme lenguaje.

A pesar de la robustez de la formación científica de su creador, el psicoanálisis cayó pronto en una serie de vicios del pensamiento. Uno de los más frecuentes, encubierto detrás de la actitud de libertad y amplitud de criterio, es el abuso del “todo puede ser posible”. Ante cada hecho registrado, se tiende a la disposición de proporcionar una respuesta explicativa, con una precipitada rapidez que es inusitada en cualquiera otra ciencia, con tal que más o menos encaje dentro de la “doctrina” de una determinada escuela psicoanalítica. La explicación de “acto fallido” puede ser ésta o la otra, aunque más tarde resulte que no era ninguna de las dos. No faltará algún subterfugio intelectual para realizar el remiendo. La interpretación de un sueño puede ser alguna dada, pero viéndolo bajo otro aspecto será otra y aun puede proporcionársele al paciente una serie, para que escoja entre ellas la que más le acomode, ya que todo podría ser. Dentro de esta falta de organización en la esfera de los conocimientos y del pensar, un análisis va desarrollándose trabajosamente de una manera que

¹ “La Junta de Cosmógrafos, Astrónomos, Teólogos y dignatarios de la Santa Iglesia Católica, Apostólica y Romana, reunidos en el Colegio de Altos Estudios de Salamanca, para estudiar las ideas y proyectos de Cristóforo Colombo, aprobó, por unanimidad, el siguiente dictamen: “La Tierra es plana y limitada por una masa de agua inconmensurable. Creer que la Tierra es esférica es incompatible con los dogmas de la fe. En efecto, el Salmista compara la Tierra con una piel tensa. Creer que existen dos Continentes habitados es igualmente impío. Es creer que hay hombres que no descienden de Adán. Además, si existiese otro Continente, ya él hubiera sido descubierto. Admitir la existencia de los antípodas, es decir de un mundo donde todo sucede al revés, donde llueve y nieva de abajo para arriba, donde los árboles crecen de arriba para abajo y donde las gentes caminan con los talones en el aire, es completamente absurdo. En consecuencia, el proyecto de Cristóforo Colombo reposa sobre una base falsa e imaginaria y lo que él afirma no tiene nada de verdad.”

más parece dar palos de ciego que investigar. La libre asociación, método novedoso y hábil, sólo puede ser empleada por una mente disciplinada.

Además del abuso de lo simplemente posible, se encuentra la confusión de lo posible con lo probable. Desde de un punto de vista general, casi todo es posible. Es posible, por ejemplo, que ahora mismo se hunda el suelo sobre que pisamos o que estalle el sol. Sin embargo, estas posibilidades no nos producen inquietud, ya que es muy poco probable que sucedan. En el campo de lo posible es muy fácil perderse y la paranoia es un buen ejemplo de ello. Pero al hombre de ciencia no le interesa mucho lo simplemente posible, sino lo probable, y está constantemente preocupado en la formulación de las hipótesis que más se acerquen a la realidad. El psicoanalista, como cualquier otro científico, se halla obligado a mantenerse constantemente dentro de un cuidadoso margen de lo más probable. En cuanto abandona este margen, deja de ser digno de confianza.

Pero aun las explicaciones probables deben ser adecuadamente dirigidas. La realización de un psicoanálisis significa una profunda, paulatina y progresiva investigación en la que muchas explicaciones son requeridas, ya que se han de enfrentar a complicados procesos. Pero se está en la obligación de señalar el nivel de profundidad, el *modus operandi* y las relaciones que las diversas formulaciones van estableciendo entre sí. Con el objeto de realizar una revisión de los conceptos y juicios que el psicoanálisis utiliza, me parecen de utilidad algunas reflexiones que estructurarán mejor el marco lógico del psicoanálisis.

En lógica se distingue entre juicios particulares y juicios universales. Los juicios particulares no nos interesan por el momento, ya que su carácter específico les impide toda generalización y no sirven para formar una teoría. Entre los juicios universales, interesan a la ciencia aquellos que tienen la propiedad de predecir, que son aplicables con alguna utilidad. Son del tipo siguiente, tomando un ejemplo de Reichenbach: “Todos los metales calientes se dilatan”, lo que también puede expresarse diciendo que un metal se dilatará si es calentado. De esta manera, mediante la aplicación de este juicio, somos capaces de predecir una consecuencia que corresponde biunívocamente a una realidad. Para construir un péndulo, por ejemplo, se tomarán en cuenta los cambios de la temperatura ambiente. A esta clase de juicios de carácter universal se les ha llamado sintéticos, con lo que se denota que tienen un carácter predictivo, además de su propiedad informativa. En psicología podría enunciarse: “Cuando los padres de un niño se odian entre sí, el niño se siente presionado a tomar partido por alguno de los dos y no pudiendo hacerlo sin perder a alguno, se queda situado en la soledad y el desamparo”. En este enunciado las complicaciones son inevitables, dada la complejidad de la situación, pero de todos modos, debe realizarse el esfuerzo de formularlo adecuadamente y, desde luego, tendrá que ser derivado de la observación de fenómenos cuya repetición dentro de determinadas leyes le confiera fundamento.

Pero entre los juicios de carácter universal se halla otro tipo que es el de los llamados analíticos o autoexplicativos. Simplemente explican o exponen algo y carecen por lo tanto de propiedades predictivas. Tampoco es necesario que deriven de la experiencia, sino que pueden ser totalmente imaginarios. En este



caso se halla el siguiente: "Todos los hombres sanos no son neuróticos". Este juicio no nos sirve para nada, puesto que para saber que un hombre no es neurótico habrá que determinar primero que es sano, y viceversa. En el juicio no se introduce ningún concepto nuevo, como lo es el de dilatación en el juicio anterior. Estos tipos de juicios tienen su paralelo en los conceptos analíticos y los sintéticos.²

El concepto analítico, propio de la filosofía tradicional, se autoexplica y no requiere de ninguna comprobación de la realidad.

Si definimos el concepto de dragón, como el de aquel animal que tiene cuerpo de serpiente, cabeza y garras de león y alas y plumaje de ave, dejamos asentados ya los principios de la ciencia de la dragonología, que pasará a describir las propiedades del dragón, sus instintos y todo lo que de aquí quiera deducirse. Por este procedimiento, y partiendo de conceptos analíticos, se estructuró la mayor parte de la teología dogmática, abundante en conceptos que se refieren a los más variados tipos de ángeles y demonios.

Esta manera de construir pseudociencia alcanza casi hasta nuestros días. A un señor se le ocurrió pensar que *similia similibus curantur* y aunque los hechos no lo comprueban de ninguna manera, sobre este juicio analítico cimentó la medicina homeopática. En realidad, el valor de tal juicio provenía de una actitud contradictoria a otra también falsa teoría médico-filosófica: *contraria contrariis curantur*, abandonada ya por inservible y anticuada en el siglo antepasado. El analista debe revisar cuidadosamente los conceptos y juicios que emplee, para evitar caer en el uso de juicios autoexplicativos que representen el divorcio de la experiencia y la realidad.

Desde el punto de vista funcional, resulta útil considerar tres formas de conceptuar que se encuentran en relación con tres formas de valorar o apreciar y que a su vez pueden relacionarse con otras tres formas correspondientes de comunicación semántica, o sea, de nuestra comunicación formal con el paciente. Trataremos de explicar cómo el psicoanalista trabaja constantemente con los tres niveles de conceptualización y de valoración. En su comunicación con el paciente, en cambio, se mantiene casi constantemente en una de ellas.

El primer tipo de concepto que debemos considerar es el llamado definitorio. Es el que tiene un carácter más amplio y general. Los conceptos definitorios son aquellos por medio de los cuales se establecen las características de los miembros que pertenecen a una misma clase. Si, por ejemplo, hablamos de los seres humanos y tratamos de definirlos, deberemos expresar el mínimo de cualidades que un ser debe tener para que pueda ser incluido dentro de la clase de los seres humanos. Y si hablamos de los procesos inconscientes, deberemos reconocer un mínimo de cualidades a un proceso mental, para que pueda quedar colocado dentro de los procesos mentales inconscientes. Una definición debe ser lo más exacta posible y el número de cualidades exigidas debe ser el mínimo, para lograr esta precisión. Se comprende fácilmente que si en un concepto definitorio se da un número demasiado grande de cualidades o propiedades (de los seres humanos, en el primer ejemplo), se corre el riesgo de que

² Kant, *Crítica de la razón pura*,

algunos objetos (seres humanos) queden fuera de la definición, por haber sido ésta demasiado exigente. Pero si el número de cualidades enunciadas es demasiado pequeño, y la definición, por tanto, demasiado laxa, se corre el riesgo de incluir dentro del grupo (de los seres humanos) a objetos que no pertenezcan a esta clase (que no sean seres humanos). Inútil resulta insistir en la enorme importancia que para el progreso de las ciencias ha tenido el lograr definiciones exactas. Y es fácil darse cuenta de que, en el campo del psicoanálisis, las definiciones adolecen de grandes fallas y vaguedades. Para comprobarlo, basta reflexionar un momento sobre el concepto definitorio de "psique", la definición de "afectividad", la de "inconsciente", la de "el Yo" y tantas otras de importancia fundamental, pero tan imprecisas aún.

Como veremos más tarde, el concepto definitorio se relaciona con formas de valoración sistémica, también general, y con la comunicación a través de signos de carácter general.

La segunda forma de conceptuar es la forma de los conceptos explicativos. Esta clase de conceptos no trata de definir un objeto, que se da ya por definido. Establecen, en cambio, una comparación entre las propiedades de los diversos miembros de una misma clase. Por ejemplo, se le puede decir a un paciente: "Entre los enfermos de neurosis obsesiva que he tenido la oportunidad de observar, usted es uno de los más característicos." Con esto se da por definido que el paciente pertenece a la clase de los neuróticos obsesivos, cumpliendo para esto con el mínimo de cualidades necesarias, pero se establece además una comparación entre las propiedades de los miembros del grupo de neuróticos obsesivos observados y sobre esta comparación se ofrece una explicación. Esta explicación tiene por base una forma de valoración extrínseca, y puede ser comunicada a través de los llamados signos caracterizadores en la teoría de los signos.

Antes de pasar a la tercera forma, vamos a explicar cómo funcionan estos dos niveles en el análisis y qué tipo de relación permiten establecer con el paciente. El primer nivel, que es el de los conceptos definitorios, con el establecimiento de valoraciones sistémicas y la comunicación a través de signos generales, es el más amplio e impersonal. Corresponde al nivel donde la ciencia suele detenerse. Es muy preciso, pero demasiado general. Cuando aplicamos una definición a un objeto cualquiera, sabemos algo de él, mas aunque este saber sea muy preciso, para nuestros fines es aún demasiado general. Puede decirse, por ejemplo, que una persona es neurótica o que sufre de tal psicosis, pero esto no nos dice qué clase de persona neurótica o psicótica es. Aun afirmando que sufre de neurosis obsesiva, por ejemplo, tampoco sabemos mucho acerca de la persona en particular, y de hecho, podría ser confundida con cualquiera de las otras personas que sufrieran de la misma enfermedad. Es el nivel de los diagnósticos, y el que suele convenir a muchos conceptos de los textos científicos. Se clasifica a un animal como coleóptero o a una planta como fanerógama, pero nada sabemos de un animal o una planta en particular, es decir que solamente poseemos una orientación acerca de qué clase de objeto llegaríamos a tener delante.

Desde el punto de vista teórico, este tipo de conceptos y valoraciones es de la mayor importancia, ya que constituyen el marco estructural de nuestros conocimientos. Forman la trama del tapiz que más tarde realizaremos. De hecho, nos referimos a él constantemente en nuestra práctica clínica; pero sin comunicárselo al paciente más que en pequeñas fracciones, poco o nada nos ayuda en la relación directa con él. Constituye esa vaga forma de hablar que se suele emplear algunas veces, diciendo, por ejemplo: "Ese sueño es de gran importancia porque muestra que usted sufre realmente de una neurosis obsesiva", o, "Su conducta y sus síntomas revelan que adolece usted de inmadurez emocional". Aunque esta clase de explicaciones algo dicen al paciente, se trata de apreciaciones de nivel sistémico, muy poco adecuadas para provocar vivencias en él y por lo general sólo despiertan la curiosidad o la angustia. El comentario del paciente suele ser: "Eso que usted me dice es muy interesante, doctor" o, "Lo que usted me dijo me dejó muy preocupado, ¿cuánto tiempo tardaré en curar?" La comunicación sistémica es la que más se presta a la vaguedad, aunque es dilecta del analista inseguro y que busca un difuso radio de acción. Es el tiro de escopeta. Un sueño puede ser simplemente interpretado como "sueño que muestra una gran ansiedad", o "sus sentimientos de hostilidad", etcétera.

Por parte del paciente, constituye ese modo de expresar que significa un poderoso e incómodo mecanismo de defensa. Nos suelen contar su vida relatando a qué edad ingresaron a la escuela, cuántos años estudiaron, las calificaciones obtenidas, a qué edad se casaron y cuántos hijos tienen. Al final de tales relatos se tiene la impresión de que nada significativo ha sido comunicado y la misma historia pudiera pertenecer a otra persona. Y así es en efecto, pues se trata de una simple ficha.

La segunda forma de conceptuar (conceptos de tipo explicativo), permite una comunicación más profunda y directa con el paciente, ya que lo relaciona con otras personas en semejantes situaciones y le permite estructurar progresivamente un marco ambiental de referencia, en el que se sitúa cada vez con mayor objetividad en relación con los demás. Permite una expresión más personal por parte del analista y su lenguaje principia a despojarse del carácter puramente teórico y frío para transformarse en una expresión más significativa. Puede pensarse que sería el nivel de comunicación más adecuado para las terapias de grupo, en las que es fundamental establecer relaciones valorativas entre los diversos miembros de un grupo, y que caen frecuentemente en el escollo de tocar los problemas de una manera demasiado personal y transformar la terapia de grupo en una terapia en público. Cuando a un paciente se le proporcionan valoraciones del tipo extrínseco, sabe mejor lo que puede hacer con ellas y tiene mayor probabilidad de comprobar las interpretaciones del analista por medio de su experiencia inmediata y personal. Aunque las probabilidades de lograr una vivencia son mayores que en el primer caso, no se ha alcanzado aún el nivel más deseable de interpretación y comunicación.

Existe una tercera forma de conceptuar, relacionada a su vez con una tercera forma de estimar o valorar, y de ahí también una tercera forma de rela-

ción con el paciente. Esta forma la constituyen los conceptos de naturaleza descriptiva, que no se ocupan ya de definir o clasificar un objeto dentro de una determinada clase de objetos, como lo hace el definitorio; ni se ocupan, tampoco, de establecer comparaciones entre las propiedades de los diversos objetos pertenecientes a una misma clase, como lo hacen los conceptos explicativos.

Los conceptos intrínsecos hacen abstracción de lo anterior y consideran cada objeto como absolutamente único e individual, pudiendo, por lo mismo, ocuparse de la descripción de tal objeto hasta el infinito. Así, al hablar de una persona en particular, podemos ocuparnos en describir su imaginación, con todas las cosas que haya imaginado hasta en sus menores detalles, su inteligencia, con todas sus características, su originalidad, su valer, su sensibilidad, y seguir así en serie interminable. Y aun podemos pasar a describir todas las características físicas de su persona, comenzando por sus proporciones corporales y prosiguiendo hasta los detalles celulares.

Es la postura que adopta, por ejemplo, un novelista que escribe un tomo sobre 24 horas de la vida de una persona. Se comprende así cómo la forma intrínseca de conceptuar puede adscribir un número infinito de propiedades a un objeto finito. En esta característica individual de la valoración intrínseca radica precisamente uno de los puntos cardinales del psicoanálisis. El analista puede dedicarse interminablemente a describir (analíticamente) todas las propiedades psíquicas de un paciente. Es por esto que un análisis puede durar teóricamente toda la vida de una persona. Las metas trazadas y los factores prácticos son los que determinan la duración de un tratamiento. Si se pierde este punto de vista, puede caerse en un análisis difuso de ilimitada duración.

Las conceptuaciones descriptivas acerca de una persona pueden serle comunicadas como valores intrínsecos, individuales, utilizando niveles semánticos en que predomina el signo llamado señalador, o sea, dirigido a objetos considerados como casos únicos; es el "tú". El sujeto analizado deja de ser un objeto perteneciente a una clase y ni siquiera se le compara con sus semejantes. Constituye un caso único de existencia. Quizá esta situación se relaciona con el fenómeno de la transferencia.

Esta peculiar situación constituye un arma de doble filo. Por una parte, permite el establecimiento de una comunicación singular que, por lo mismo, posee la propiedad de ser altamente significativa para el paciente, y le puede llevar más fácilmente a la vivencia de sus características psicológicas. Esto sucede, por ejemplo, cuando se proporciona a un sujeto la interpretación de un sueño en función de sus asociaciones, símbolos generales y particulares y con las modalidades que son propias de su persona, de modo que pueda verse retratada en la interpretación y reconocerse. A través de esta forma de comunicación el paciente puede experimentar que se habla de él, diciéndole cosas que por ser exclusivas de su persona poseen el valor de permitirle conocerse en su más peculiar modo de ser.

Pero, por otra parte, se corre el riesgo de alejar al sujeto de su margen sociocultural y perder de vista los marcos comparativos de relación que son tan importantes para lograr la objetividad. Se puede, también, exagerar las acti-



tudes narcisistas. Pero este peligro desaparece, si somos precisamente conscientes de los niveles con que operamos y los empleamos con oportunidad. El ideal de la comunicación con el paciente está representado por las conceptualizaciones descriptivas y las valoraciones intrínsecas. Pero el empleo de los otros dos niveles son recursos correctores y complementarios, cuyo uso determinan la oportunidad y la destreza.

En ciertas ocasiones, un paciente necesita que se le presente una valoración de tipo sistémico, para satisfacer la demanda de comprensión intelectual de algún problema. Otras veces, necesitará que se le proporcionen juicios de carácter comparativo, con objeto de ayudarlo a situarse de modo más realista dentro de su marco vital. Sin embargo, la mayoría de las veces se mostrará más apto e interesado en la asimilación de observaciones que se refieran a él como ser individual.

Después de esta somera revisión, podemos resumir diciendo que el primer nivel de conceptos, valoraciones y signos tiene correspondencia predominante con la ciencia. Es el lenguaje de los libros y estudios técnicos, que poco se emplea cuando se habla psicoanalíticamente con el paciente, aunque en la mente del analista se mantenga de continuo como trama estructural. Recordemos que la lectura de libros psicoanalíticos no suele tener efecto curativo; sin embargo, la comprensión intelectual, la curiosidad o la esperanza pueden ser estimuladas por ella. Aunque es el nivel que proporciona mayor seguridad, resulta inevitablemente general, vago, e incapaz de proporcionar una adecuada comunicación con el paciente.

El segundo nivel de valoraciones y conceptos permite una relación más directa y significativa, pero es solamente al alcanzar el nivel de lo intrínseco, descriptivo y señalador, cuando puede decirse que el analista establece la relación más singular y valiosa con su paciente.

Es fácil comprender que el lenguaje empleado no puede ser técnico ni rígido sino que estará matizado por las características personales del analista y determinado por su capacidad expresiva.

Estas consideraciones plantean interesantes problemas con respecto al narcisismo, al desarrollo del pensamiento psicoanalítico y sus relaciones con otras ciencias, y a la psicodinamia de la transferencia, que nos limitamos por ahora a señalar, ya que el objeto de este trabajo ha sido, principalmente, traer a la mente del analista el interés por algunos de los múltiples problemas que la lógica y la comunicación imponen a diario, tanto a su pensamiento científico como al trato con sus pacientes.

LA ANALOGÍA EN LA CIENCIA*

Robert Oppenheimer

ESCUCHÉ lo que el presidente Newcomb dijo para explicar el porqué se me pidió hablar aquí, pero no lo entendí claramente. He pensado acerca de esta cuestión desde entonces, y en respuesta al honor y al placer de haber sido invitado a venir, he aceptado. Me preguntaba qué podía hacer un físico profesional en esta tribuna, un físico profesional algo viejo y no tan animado, pero un físico después de todo.

Al principio pensé que su invitación tendría alguna relación con el Instituto de Estudios Avanzados. Ahí hemos tenido unos cuantos miembros que son psicólogos; tenemos un comité consejero formado por miembros de esta Asociación Psicológica a quienes apreciamos y en quienes confiamos, y esperamos que esto continúe. He aprendido mucho de ellos, y con frecuencia he hecho amigos. Pero no tenemos un programa de psicología; no tenemos un departamento de psicología. De hecho, tenemos sólo dos escuelas. Una se llama Escuela de Matemáticas y la otra, Escuela de Estudios Históricos, y puede ayudar a revelar las limitaciones de mi propio alcance si describo muy brevemente cuáles son éstas. Podrán reconocer mis puntos débiles, que se justificarán después, cuando prosiga con mi charla.

La Escuela de Matemáticas y la Escuela de Estudios Históricos tienen ambas, por supuesto, el problema de filtrar la inmensa, fascinante, incipiente, inmanejable complejidad de nuestra experiencia. Pero toman por vías bien diferentes. La Escuela de Matemáticas se preocupa por las relaciones, las formas, con la estructura lógica y la aplicación de estos patrones y su descubrimiento a las ciencias empíricas. Y así sucede que los psicólogos son miembros de la Escuela de Matemáticas.

La Escuela de Estudios Históricos utiliza una clase diferente de filtración. Cuando estuve, no hace mucho, en Inglaterra, hablé con Namier, que ha emprendido la recopilación de las biografías parlamentarias de todos los miembros del Parlamento, desde su origen hasta ahora. De los primeros Parlamentos, casi nada está disponible, en los anales, acerca de la mayoría los miembros, así que es difícil escribir de esto. Y actualmente es difícil escribir las biografías porque hay demasiados tomos acerca de cada uno; sólo en los siglos XVI, XVII y XIX, hubo la cantidad de material apropiado al alcance humano. La filtración de la historia es, desde luego, una muy especial. No sólo reduce el volumen de evidencia y experiencia disponibles, sino que se vale de personas que vivieron una vez quienes por sus acciones, sus evaluaciones, su tradición han seleccionado las cosas que permanecerán llenas de significado a través de los años.

* Presentado en la sexagesimatercera Reunión Anual de la Asociación Psicológica Americana, San Francisco, California, septiembre 4 de 1955. Publicado con la autorización de su autor recientemente fallecido.

